DARIO FO

EL *NOBEL* DE FO: POLÉMICA A LA ITALIANA

Cuando en 1997 la Academia sueca otorgó el preciado galardón a Dario Fo, en Italia se desató una auténtica caza de brujas. Antonio Tabucchi resumió el delirante escenario en una frase: «Me parece que es la primera vez que un país protesta por haber recibido el *Nobel*».

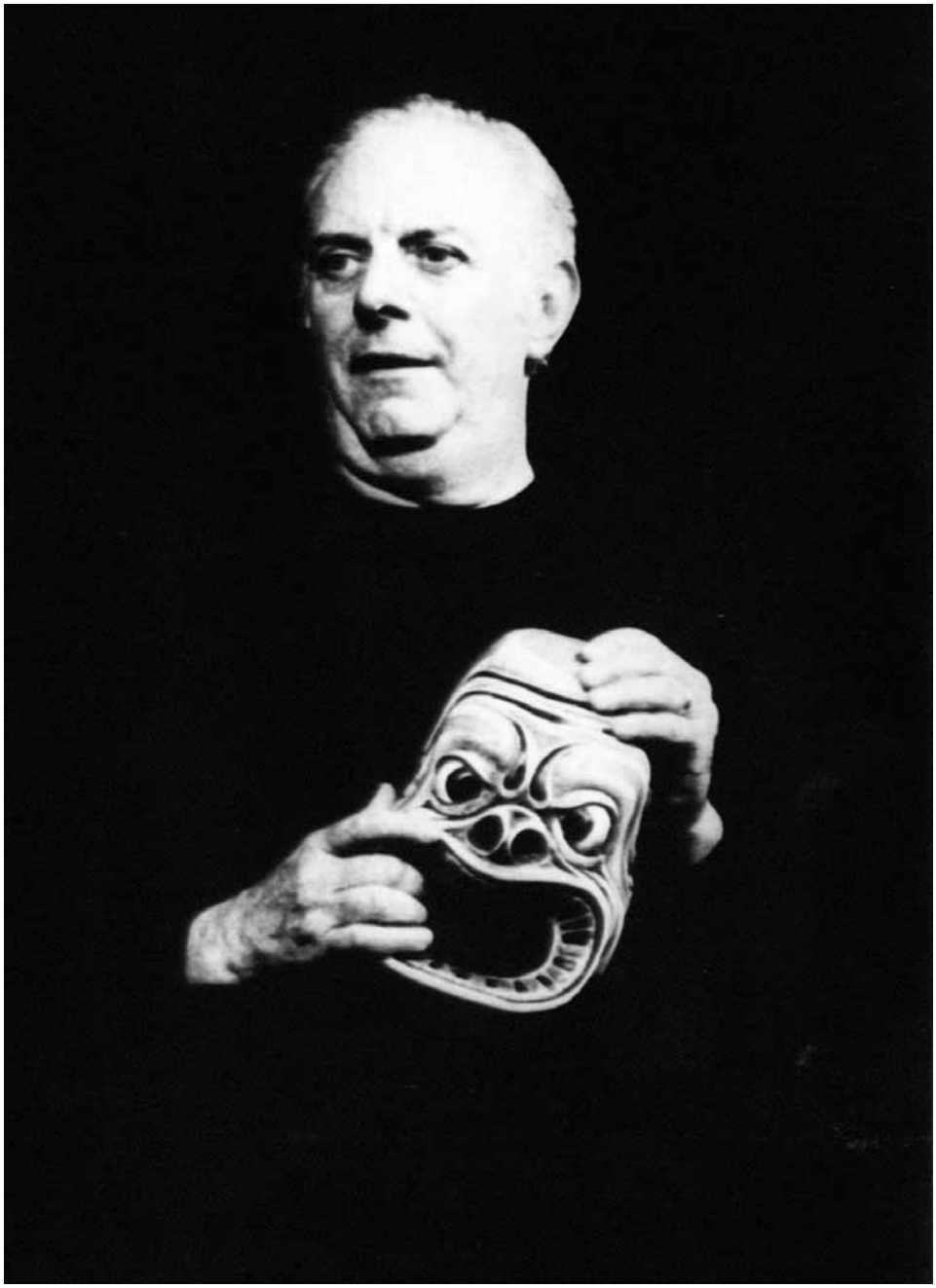
El espectáculo fue bochornoso. Por un lado, el Vaticano, blanco siempre certero de la ironía del autor en sus *Misterios bufos* o en cualquier escrito o improvisación, vivió como una auténtica ofensa la decisión sueca de premiar «a un bufón». No hubieran podido darle a Fo una alegría mayor, al resaltar precisamente la faceta de su trabajo que más ha reivindicado: bufón, juglar, cómico, teatrero… Los que para algunos, escandalizados e iracundos, son casi insultos, para Dario Fo son los mejores piropos y reconocimientos a sus tantos años de investigación, rigurosa y apasionada, de la cultura popular, no solo italiana.

Carla Matteini

Lo más lamentable de la polémica que se desató en los meses anteriores y posteriores al premio es que la mayoría de las críticas más feroces y las reacciones más encendidas brotó de los búnkeres de la *intellighentzia* italiana, de poetas y escritores orgánicos que manifestaban así su envidia ante lo que para ellos era un ultraje a la literatura patria. Curiosamente, en el resto del mundo casi todos aplaudieron la asignación. Y digo «casi» porque en España también hubo algún que otro intelectual que lo denostó con indisimulado desprecio. En una columna en un diario nacional, un escritor prestigioso y polifacético, con argumentos similares a los de sus colegas italianos, citaba a los *Nobel* de Literatura Dramática que sí habían merecido tal premio, para acabar preguntándose «si algo estaba podrido en Estocolmo».

La razón —o excusa— más empleada era que el teatro es un «género menor», indigno de semejante reconocimiento. Y aún más, el teatro de Fo, farsesco, burlón, tan populachero… La vieja polémica, reavivada desde los cenáculos más caducos y reaccionarios. Hablar de géneros menores o mayores en el umbral del siglo XXI significa no entender por dónde van los tiros en las artes contemporáneas, cuando ya no hay territorios específicos sagrados o aislados, y la libertad de tendencias, escrituras y estéticas es el signo de estos tiempos, que sanciona la derrota de esquemas y tabúes caducos. Hablar de literatura mayor o menor me parece, pues, academicismo de la cepa más rancia y obsoleta.

Pero tampoco hay que olvidar que, tras tanta algarabía, late un trasfondo político, que tras años de denuncias, prohibiciones, multas e incluso secuestros con violencia, no dejó en paz a la pareja Fo-Rame, y en esta ocasión hizo aflorar la catadura moral y cívica de un país lastrado ideológica y ética-



[Archivo fotográfico del CDT]

Dario Fo (1926), premio *Nobel* de literatura en 1997.

Hablar de literatura mayor o menor me parece, pues, academicismo de la cepa más rancia y obsoleta.

mente por 40 años de gobierno de la Democracia Cristiana, hasta desembocar en el mayor desastre posible, los gobiernos de Berlusconi. Resulta curioso que Fo, posiblemente el hombre de teatro más célebre y más denostado en su país, se haya visto apoyado en ese trance, por un lado, por compañeros de profesión como Giorgio Strehler y Vittorio Gassmann, quien dijo: «No me puedo creer que un premio tan prestigioso haya recaído en un hombre de teatro», pero también por muy pocos pensadores, como los grandes Umberto Eco y el filósofo Gianni Vattimo. Voces escasas, pero sonoras y autorizadas.

Un fragmento que no tiene desperdicio aparecido en el diario *Osservatore Romano*, del Vaticano, decía: «Fo es el sexto italiano que recibe el *Nobel* de Literatura después de Carducci, Deledda, Pirandello, Quasimodo y Montale. Después de tantos genios, un bufón». Mucho más lacónico, cosa insólita

Lo ha aprovechado sin pudor alguno, sumándose con más autoridad e indignación que nunca a protestas y denuncias.

en él, fue el propio Fo, contestando al entonces alcalde de Milán, Albertini, de la Lega Norte, quien, tras no dar señales de vida, «en un silencio ensordecedor, una metedura de pata clamorosa, meses más tarde trató de enmendarla ofreciéndome el premio de la ciudad, el Ambrogino. No, gracias, me basta con el *Nobel*, contesté».

En fin, viejas miserias paraliterarias, clasificaciones mohosas y grotescas de cultura «alta» y cultura «baja», cuestiones académicas decimonónicas a tres años del nuevo siglo. Recuerdo que en Estocolmo, desayunando, Fo me comentó que estaba cansado, «no de Estocolmo, sino de Italia. Me siento superado por una responsabilidad que no desearía tener. Me he convertido en un enorme pedrusco que lanzar al agua». Escasas fueron las voces en contra en Suecia, salvo un profesor italiano —cómo no—, un tal Oreglia, quien declaró que Fo «ha pervertido el *Nobel*». Y a mi réplica: «¡Dios mío, fundamentalistas en el Báltico!», Fo me contesta: «Normal, solo les gustan los intelectuales o artistas cómodos, que nunca opinan o critican, y solo se ocupan de mantener el trasero bien sentado y calentito».

La cúpula vaticana fue sin duda la más virulenta. Porque hasta entonces, bueno, se le podía soportar. Un cómico marxista y radical, un autor y actor políticamente incorrectísimo, con un público fiel sí, pero es que hay gente para todo, y mientras se quedara en un reducto relativamente reducido como es el teatro, aunque sus espectáculos colgaran cartel y sus obras se representaran y editaran en todo el mundo, no es, a fin de cuentas, más que un indeseable, un comicastro irreverente y faltón. Pero la mayor herejía que en esta época fundamentalista podía hacerse era precisamente ascender a Fo —con frac y todo— al paraíso de los elegidos, de los genios contemporáneos; él, que estaba destinado al infierno de los blasfemos y heréticos. El berrinche debió invadir los salones del Vaticano como un humo pestilente. Bien más inteligente hubiera sido callarse y no servir en bandeja la polémica. Pero se pusieron nerviosos, y metieron la pata con sus diatribas indignadas, regalando a Fo la ocasión perfecta para responder.

El primer día, Fo hizo unas declaraciones aún incrédulas, incluso cautelosas, en la efervescencia del momento, sin duda emocionado. Pero los que, por otro lado, han querido ver en el galardón la captación de Fo por parte de la burguesía culta y biempensante, o el hastío posmoderno del viejo revolucionario que permuta su disconformidad por reconocimientos, estaban del todo equivocados. Han pasado los suficientes años, Fo ha seguido escribiendo, actuando y pronunciándose justo en dirección contraria a ciertos auspicios malévolos, como luego veremos. Hasta le criticaron el uso del frac; él, que se lo ha puesto tantas veces en escena, disfrazado, sí, pero ¿qué es eso para un cómico? Después de todo, una ceremonia como la del *Nobel* también tiene su valor de representación simbólica.

Prohibido bajar del escenario

Poco ha cambiado personal y artísticamente Fo tras el galardón. A sus años, con su sabiduría irónica y tantas décadas de trabajo creativo, era difícil que un premio, incluso el más codiciado del mundo, modificara su carácter, actitud cívica y compromiso artístico. Si hubo cierto cambio en su vida pública, fue sin duda la consciencia de que su firma en apoyo de ciertas causas tendría a partir de entonces aún más valor, más peso significativo y, sobre todo, mayor difusión. Por supuesto, lo ha aprovechado sin pudor alguno, sumándose con más autoridad e indignación que nunca a protestas y denuncias. Fue el caso de la condena a la guerra de Irak, cuando en 2003 firmó una carta abierta a los presidentes Vicente Fox y Ricardo Lago junto con otros dos premios *Nobel*, García Márquez y José Saramago, entre otros muchos intelectuales de todo el mundo. O en causas más pequeñas, domésticas, como la repulsa a la construcción de una base militar norteamericana en Vicenza, al noroeste de Italia. O, en los últimos años, sus continuas intervenciones a favor del medio ambiente y la sostenibilidad, que lo han llevado ahora a representar un nuevo monólogo. O, más recientemente, contra el escándalo de las basuras amontonadas en las calles de Nápoles por los gestores de la mafia. Y no hay que olvidar que gran parte de su discurso de agradecimiento ante la Academia sueca

se centró en la denuncia de la clonación y la manipulación genética.

Mientras tanto, Franca Rame, su mujer, libraba su dura batalla personal en el Senado, para el que había sido elegida. Tras haber luchado unos años en medio de la podredumbre y la corrupción de la vida política italiana, ha tenido que dejarlo por motivos de salud, pero seguramente sobre todo por hastío y por el aire viciado de semejante ciénaga.

En cuanto al trabajo artístico, Fo ha seguido escribiendo y actuando, sin perder su ritmo vertiginoso, a pesar de su edad ya bastante avanzada. El mismo año del *Nobel*, 1997, había escrito ya *El diablo con tetas*, cuyas representaciones retomó junto con Franca a la vuelta de Estocolmo. También en ese año estrenó y publicó uno de sus textos más poéticos, en la línea de algunos *Misterios Bufos*, abordando el lado humilde, auténtico e incontaminado de la tradición católica en *San Francisco, juglar de Dios.* De nuevo reivindica un término despreciado por el Vaticano, y vuelve a lanzar un ataque encendido contra una Iglesia temporal y codiciosa, a la que se enfrenta la figura rebelde y luchadora del pequeño fraile de la pobreza. Fo profundiza en una constante de su obra, los personajes pequeños, casi marginales, que sin embargo son capaces de alterar el curso de la historia, como este santo casi *hippy*, desclasado e ignorado por los libros de religión de las escuelas. Fo investiga de nuevo en el medievo, la época que más le fascina, y descubre la manipulación que la crónica oficial ha hecho, una vez más, con los personajes que cuestionan, en cualquier época, los estamentos de poder y las falsas verdades absolutas, reivindicando en su texto la verdadera historia de un revolucionario moral.

Siguiendo con su incesante actividad política, Fo se presenta en 2001 a las elecciones para alcalde de Milán, el gran feudo de la derecha más ultramontana. Obviamente, sabe que no será elegido, pero también que el gesto tendrá un gran impacto mediático y que él no dejará escapar ninguna ocasión de denuncia y de crítica a una gestión elitista y corrupta.

Y llegamos al escándalo Berlusconi. Hacía tiempo que el *Cavaliere*, como el Papa, tentaba al Fo autor como personaje ideal para una farsa desmedida. No se puede explicar cómo el pueblo italiano ha vuelto a caer en la trampa de este grotesco empresario, dueño, eso sí, de los medios, con la mayor fortuna de Italia, cantante de baladas, ridículo seductor, siempre involucrado en picantes historias de faldas, y pésimo gestor político, un personaje digno del cine cómico italiano de los 50 y 60. Así, en 2003, Dario Fo escribe e interpreta *L'anomalo bicefalo*, donde imagina una trama frenética y absurda alrededor de la figura del *Cavaliere*. Este se encuentra en su villa privada de la playa, y ha invitado a su gran amigo, Vladimir Putin, con ocasión de un congreso médico sobre trasplantes, que será asaltado por un grupo terrorista. Putin muere en la refriega, pero Berlusconi, vivo, ha perdido la mitad de su cerebro. Aprovechando la presencia de los ilustres cirujanos, se le trasplantará la mitad del cerebro de Putin. El recurso cómico permite a Fo relatar, a través del personaje de la mujer de Berlusconi, Verónica Lario, la crónica de la irresistible ascensión del empresario hasta las más altas cotas del poder italiano. Pero tal vez a Putin le quedaba algo de conciencia que, trasplantada al cerebro de Berlusconi, crea en este angustias y remordimientos por su falta de escrúpulos. Rápidamente sus ministros, aterrados ante la posibilidad de un *Cavaliere* arrepentido y con dudas morales, logran que los médicos le practiquen *electroshocks*, y la terapia devolverá a un Berlusconi regenerado, sin mala conciencia ni incertidumbres éticas, que volverá a dirigir, sonriente y bronceado, los destinos de su país. Además, en un guiño típico de Fo, por fin con una nueva y frondosa cabellera. El estreno previsto en el Piccolo Teatro de Milán tras una gira por algunas ciudades italianas peligró por el temor del consejo de administración del teatro a perder subvenciones si lo representaban. Por lo visto, hubo presiones, más o menos indirectas, y al final esta «fábula surreal», como la define Fo, se convirtió, ¡en 2003! en un enésimo caso de posible censura en el largo historial del dramaturgo. Divertido, pero también indignado, Fo declaró a *La Repubblica:* «Sería una locura que no nos dejaran actuar en nuestra ciudad. Sería una idiotez fatal, tanto que nos apetece decir: que hagan lo que quieran. Sería un escán-

Está claro que no quiere abandonar del todo las bambalinas, aunque espacie sus actuaciones y reduzca un poco su vigor mímico.

El otro gran reto al que no ha querido sustraerse en los últimos años es el de ajustar cuentas con el arte.

dalo internacional. ¿Cómo puede decir la consejera Rosa Alberoni, si es una persona culta, que la política no debe entrar en el teatro? ¿Acaso no sabe que entonces no se podría representar media historia del teatro, empezando por Shakespeare? ¿Cómo se pueden decir cosas semejantes? Política es participación en la vida colectiva, y según ella no debería entrar en el teatro… Cosas de locos. Es que los lameculos son más papistas que el papa: se preocupan de forma preventiva para complacerle "a él", incluso corriendo el riesgo de armar un follón. […] De todos modos, en nuestra historia Berlusconi aparece bueno, diferente. En el fondo le hacemos un cumplido y tal vez, al verse así, mejora de verdad». El Consejo del Piccolo acabó entrando en razón, negó las presiones y rehusó aparecer como nuevo censor, permitiendo finalmente que el espectáculo se programara, aunque con jugosas declaraciones de algunos consejeros ante el escándalo. Por ejemplo, un consejero nombrado por la Lega Norte, declaró: «Aún no he leído el texto, y por lo tanto no puedo opinar. Pero digo como principio general que una cosa es la sátira y la libertad de expresión, y otra bien distinta es la libertad de mixtificar la realidad y difamar. Si ese texto es una simple sátira, de acuerdo, pero si es mixtificación, no debe subir a escena».

En 2005 Fo escribe junto con Franca Rame un texto de clara denuncia de la guerra de Irak. *Madre Paz* es un delicado y emotivo monólogo a partir de la figura real de una madre coraje, la norteamericana Cindy Sheehan, cuyo hijo murió como soldado en Irak. La historia dio la vuelta al mundo, pues Sheehan acampó ante el famoso rancho tejano de George W. Bush y no hubo manera de alejarla de allí. Sola al principio en su protesta pacífica pero incómoda para las autoridades, pronto aglutinó a su alrededor a cientos de pacifistas que apoyaban su pretensión de ser recibida por Bush, para pedirle el regreso de los jóvenes soldados norteamericanos. Cuando ya no pudo seguir allí, Sheehan organizó marchas, vigilias y manifestaciones por todo el país, generando un movimiento de repulsa cada vez más amplio. Como activista a tiempo completo, recibió en la web que abrió miles de mensajes de apoyo, se crearon foros sobre el tema, y la ola expansiva fue tal que su personal cruzada recorrió los medios internacionales en 2005. Obviamente, era un personaje que no podía dejar indiferentes a los Fo, quienes armaron un espectáculo sencillo y conmovedor partiendo de los textos y cartas de la «Madre Paz», sobre el fondo de una pantalla donde se proyectaban imágenes terribles de la infausta guerra de Irak.

En los años del 2000 hasta ahora, Fo no ha cesado, por otro lado, de dirigir óperas insólitas, poco conocidas o incluso descubiertas por él, sobre todo en los países nórdicos.

La escritura de la memoria

Fo sigue actuando, sobre todo solo en escena, con sus monólogos. Tal vez pueda echarse de menos algo de su famosa energía y agilidad de juglar, que improvisa en escena con aparente facilidad, fruto de años y años de estudio, conocimiento de la tradición oral y un inmenso talento. Pero si los años le pesan, no lo parece, y está claro que no quiere abandonar del todo las bambalinas, aunque espacie sus actuaciones y reduzca un poco su vigor mímico.

Entre trabajo político, manifiestos de denuncia y el montaje y representación de sus últimos textos teatrales, Fo ha escrito varios libros. No son obras dramáticas, sino reflexiones sobre su vida, sus experiencias, sus nostalgias. ¿Cosas de la edad? Puede ser, y el resultado son dos tipos de libros que no había escrito hasta ahora, y que nos dejan testimonios emocionantes y sinceros sobre una vida tan larga y plena.

Por el camino de la memoria transita en 2002 *Il paese dei mezzarat*, editado en nuestro país con el título *El país de los cuentacuentos.* Por primera vez reúne sus recuerdos de una infancia libre y feliz en su pequeño pueblo junto al lago Maggiore, y los colorea con personajes deliciosos, padres, abuelos, amigos de correrías… Fo es un niño feliz y travieso con una vida algo salvaje entre el lago y las colinas, y entre los muchos personajes brillan en especial los fabuladores del lago, cuentacuentos que recorrían los pueblos narrando historias antiguas de la tradición oral. Fo reconoce haber aprendido de ellos muchos de sus recursos, y sobre todo

haberse sentido fascinado por esa manera de recuperar la verdadera historia, la no oficial, de las tierras donde nació y pasó sus primeros años de vida. Escrito a corazón abierto, sin sensiblería pero con emoción y ternura, el libro nos muestra a un Fo apegado a ese mundo rural y orgulloso de sus raíces y costumbres.

En 2007 publica otros dos libros. *El mundo según Fo* es una larga conversación con la periodista Giuseppina Manin, que se convierte en una confesión a pecho descubierto en torno a los temas que le siguen preocupando. La violencia, el medio ambiente, la política, la religión, pero también su pasión por el arte, los trucos de la improvisación, la lucha de años contra la censura, la mezquindad y la envidia, y sus investigaciones en los textos sacros…, tantos temas como construyen y renuevan constantemente su imaginario y su compromiso. El libro es una llave maestra a los múltiples mundos que interesan y apasionan a Fo, a su actitud artística y vital, a sus opciones y la coherencia con que ha sabido tomarlas.

El otro libro publicado también el año pasado, y que será también editado en breve en España, es *El amor y la risa,* compendio de relatos sobre personajes históricos de mujeres transgresoras, enfrentadas en su tiempo a realidades hostiles para tales tomas de conciencia. De la abadesa Eloísa y su trágico amor por Abelardo, pasando por Mainfreda, la hereje de Milán, hace un recorrido por historias pequeñas dentro de la gran Historia, con un capítulo final sobre los griegos y el teatro, en el que se encarga de dinamitar, a través de una esmerada investigación, clichés y tópicos sobre el arte dramático en la Grecia clásica.

Tres libros casi en sordina, sin pretensiones, pero con muchas ganas de relatar retazos de vida, impresiones, descubrimientos y estudios, pasión de conocimiento y voluntad de transmitirlo. Tal vez tenga que ver con su edad, pues Fo hace casi por primera vez un sincero ejercicio de memoria, con cierto tinte nostálgico en el primero, pero sobre todo con la sinceridad de quien desea dejar claras sus reflexiones sobre tantos temas distintos en un soporte que no fuera únicamente sus farsas y monólogos. Otro tiempo, otra pulsión, otra necesidad de definirse de forma distinta, de dejar testimonio sobre cosas de las que no había hablado hasta ahora.

El otro gran reto al que no ha querido sustraerse en los últimos años es el de ajustar cuentas con el arte. Inicialmente arquitecto, pintor y entusiasta del arte sobre todo italiano, Fo ha desarrollado en su vida teatral esta faceta con dibujos, grabados, escenografías, vestuarios, además de esculpir y dibujar sin descanso retratos y bosquejos de todo lo que se le pusiera delante. Frecuentador infatigable de museos, conocedor expertísimo de la historia de la pintura italiana, en 2006 comienza una nueva actividad que pronto le apasionará con su acostumbrado entusiasmo. En ocasión de muestras, grandes exposiciones monográficas, inauguración de monumentos restaurados, Fo lanza la idea de unas «lecciones» magistrales *in loco,* en plazas al aire libre, con cientos de espectadores escuchando sus explicaciones sobre los palacios o los pintores elegidos. El éxito es inmediato y fulgurante, y estas insólitas «conferencias» se recogen en unos hermosos libros, editados por Panini, con reproducciones de cuadros y de monumentos, dibujos del propio Fo, y sobre todo el fruto de sus investigaciones y estudios, que aportan una nueva visión del artista, por supuesto nueva y alejada de la hagiografía convencional. Descubrir facetas desconocidas de Rafael, de Leonardo, de Caravaggio, contarlas y enriquecerlas con la historia de la época, el entorno y las tensiones que los rodeaban, deshacer falsas certezas e interpretaciones confusas es para Fo en los últimos tiempos su nueva pasión. A ella se ha entregado últimamente con la energía, el rigor y el entusiasmo con que ha acometido siempre todas sus empresas. En esta, el Fo dramaturgo, director de escena, actor y escenógrafo vuelve a su pasión primera, demostrando una vez más que incluso en tiempos de especialización y territorialidades puede haber figuras ricas y complejas, herederas de la tradición renacentista, apasionadas por cosas tan distintas como la política y el arte, el compromiso y el estudio, y sobre todo el ansia de conocer, de saber, de bucear en distintas expresiones del talento humano. ■